

Amelia Castilla
**100 lugares en Madrid
donde decir «te quiero»**

Índice

- 17** Introducción
- Restaurantes
- 27** Bokado
- 29** Botín
- 31** Café Oliver
- 33** Caripen
- 35** Casa Matías
- 37** Ciao
- 39** Club 31
- 41** Fast Good
- 44** Flatirón
- 46** Gran Casino
de Madrid.
Restaurante
La Terraza
- 48** Il Gusto
- 50** Iroco
- 52** La Bardemcilla
- 54** La vaca argentina
- 56** La Viuda blanca
- 58** Lhardy
- 60** Madrilia
- 62** Pulcinella Trattoria
- 64** El rincón de
D'Artagnan
- 66** Samarkanda
- 68** Samm
- 70** Teatríz
- 72** Thai Gardens
- 74** Tse Yang
- Copas y cafés
- 77** Antigua casa
Ángel Sierra
- 79** Areia Colonial
- 81** Café Central
- 83** Café de Oriente
- 85** Café Gijón
- 87** Café La Pecera
Círculo de Bellas
Artes
- 89** Calle 54
- 91** Casa Patas
- 93** Cervecería
Santa Bárbara
- 95** Del Diego
- 97** Diurno
- 99** El bandido
doblemente armado
- 101** El Pentagrama
- 103** El Viajero
- 105** Favorit
- 107** Giangrossi
- 109** José Alfredo
- 111** Larios Café
- 113** Libertad 8
- 115** MOMA 56
- 117** Museo Chicote.
Cocktail bar
- 119** Pastelería Mallorca
- 121** Strómboli café
- 123** Terraza Atenas

- 125** Terraza del Ritz
127 Vinoteca Terrabacus

Tiendas

- 131** El callejón de
Jorge Juan
133 Enagua
135 Helena Rohner.
Joyería
137 La Duquesita.
Confitería, pastelería
139 Las bailarinas
141 Mott
143 Naranjas de la China
145 Ocho y Medio
147 Ortega y Gasset
149 Petit Plaisir
151 Sampaka
153 Sombrerera.
Charo Iglesias
155 Toni Martin. Discos

Centros de cultura activa

- 159** La casa encendida
161 La manzana del cine
164 Residencia de
estudiantes

Museos

- 169** Fundación Lázaro
Galdiano
171 Museo Cerralbo
173 Museo de América
175 Museo de esculturas
al aire libre
177 Museo del Traje
179 Museo Sorolla
181 Un Rubens para la
Fundación Carlos de
Amberes

Hoteles

- 185** Acis y Galatea
187 Adler
189 Bauzá
191 HH Campomanes
193 Orfila
195 Puerta del Sol
197 AC Santo Mauro

Paisajes urbanos

- 201** Al calor del
Reina Sofía
204 Jardín del Príncipe
de Anglona
206 La calle de
Fuencarral

- 208** Lavapiés
- 211** Real Jardín
Botánico
- 213** Las tetillas de
Vallecas. El Mirador
- 215** Edificio Capitol
- 217** El entorno de
Las Vistillas
- 219** El Salón del Arte
- 223** Palacio de Cristal
- 225** Parque de Juan
Carlos I
- 227** Parque de la Fuente
del Berro
- 230** Paseo del pintor
Rosales
- 232** Paseo del Prado
- 235** Quinta de Los
Molinos
- 237** Torres Kio
- 240** Un banco en la
Castellana
- 242** Un paseo en barca
- 243** Una piscina con
vistas. Hotel
Emperador.
- 245** Una puesta de sol.
Jardines Sabatini

Introducción

Para los descreídos San Valentín es sólo un invento de los grandes almacenes, pero no viene mal recordar el origen del día de los enamorados. Hay que remontarse al año 270 d.C., cuando el emperador romano Claudio II prohibió a los hombres en edad de merecer contraer matrimonio. Sostenía el emperador que los mozos del imperio, una vez casados, le cogían el gusto a lo de la familia y al calor del hogar y se volvían reticentes a abandonar a sus mujeres e hijos para ingresar en el ejército, tan necesario en esa época para mantener las fronteras. La leyenda cuenta que el obispo san Valentín se saltaba las rígidas e injustas reglas para los pobres y seguía uniendo en secreto a las parejas que solicitaban su auxilio. Pero con el tiempo el obispo acabó por ser descubierto y sin contemplaciones mandado decapitar por el emperador. La fecha elegida fue el 14 de febrero y podría decirse que desde entonces miles de enamorados toman a san Valentín como su patrón.

Esto en definitiva no es más que una leyenda que celebra el triunfo del amor, pero todo empezó entre 35 000 y 100 000 años antes, cuando la primera pareja de primates fue puesta sobre la faz de la tierra y los sentimientos amorosos empezaron a evolucionar en una dirección inequívoca, independientemente de que para su conocimiento se siga la vía científica, las creencias religiosas o las versiones mitológicas grecorromanas. Porque, necesariamente, cualquier actividad conjunta que abordara esa primera pareja de

neandhertales se realizó en clave amorosa, pero hay que ver cómo han cambiado las cosas desde entonces.

No es por casualidad que la «manzana» fuera la desencadenante de todos los males que afligen a la humanidad desde los tiempos más remotos, cuando el Creador —o la evolución de la especie— decidió que el hombre debería ganarse el pan con el sudor de su frente, y asumir su propio destino. Pero es que el hecho de que una pareja enamorada comparta su comida puede tener estos efectos. El mito de la pérdida de la inocencia —como metáfora del Paraíso Terrenal donde el hombre no sólo no tenía que asumir sus decisiones, sino que carecía del hecho mismo de decidir, porque todo le venía dado por añadidura—, y la asunción de la libertad y responsabilidad de sus propios actos, tendría hoy una escenografía diferente.

La **gastronomía** tradicional en su ejecución más artesana, la experimentación de la nueva cocina, la reinterpretación de ciertos platos deconstruidos, e, incluso, el *mousse* de humo, configuran una propuesta culinaria más adaptada a la cultura de los pueblos occidentales para que, en la actualidad, prendiera la llama de la religión cristiana. Unas entradas de ravioli de txancurro, *vitello tonnato*, calamar a la plancha y/o unas anchoas de L'Escala en aceite de oliva virgen extraído de primera molturación en frío, seguidas de un *risotto* con trufas blancas, una lubina en papillote, un faisán a las uvas o un rape asado con chipirón encebollado, y rematadas más tarde con un *mousse* de naranja y lima, un suflé de melocotón, o, incluso, un arroz con leche, proporcionan un soporte gastronómico más que aceptable si, por otra parte, la pareja se encuentra en un local concebido con las tendencias más modernas con las que los diseñadores de interior suelen trabajar en la actualidad —amplios espacios exentos, combinación de acero y vidrio, estucos venecianos, mezclas de colores, etc., y todo ello dotado de un concepto minimal— para eliminar la sensación de agobio escénico. No cabe duda de que estas condiciones de contorno harían más aceptable el mito de la pérdida de la inocencia para los tiempos que corren, y proporcionan una atmósfera idónea para profundizar en el hecho amo-

roso. Y es que, de entre la extensísima y variada oferta de restaurantes que offician en la capital, los hay que cumplen estas características, como los que se describen en las páginas a ellos dedicados.

Esta misma reflexión cabe hacérsela con respecto al **vestuario y los objetos suntuarios**. La utilización de las hojas de parra para cubrir las partes más nobles del cuerpo humano no deja de simbolizar un logro del ecologismo más visceral pero, aunque tenga sus seguidores en los nostálgicos de una naturaleza en estado virginal, supone un descenso hasta los niveles más bajos de la graduación estética que, a lo largo de la historia, ha concebido el ser humano. Deambular por las calles Ortega y Gasset, Almirante, Serrano o Fuencarral mirando escaparates con la ropa de los modistos más *fashion*; rebuscar por las tiendas de zapatos las últimas novedades; adquirir las innovaciones en medias y ropa interior con las que envolverse; encargar un sombrero acorde con el perímetro craneal y la morfología del rostro; regalar al amado la pieza exacta del chocolate que prefiere degustar; aspirar el aroma de las flores o, incluso, admirar los fetiches cinematográficos, son actividades que, por su propia naturaleza, trascienden el mero hecho utilitario de cubrirse las partes pudendas o rodearse de objetos bellos, y se pueden compartir —antes, durante o después— con el ser querido.

Según indican todas las investigaciones, la humana pareja primitiva sólo bebía el agua —pura e incontaminada— procedente de las tierras altas orientales turcas y transportada por los ríos Tigres y Eufrates o alguno de sus afluentes, probablemente haciendo un cuenco con la propia mano, o con algún artefacto de madera con la forma adecuada. El urbanita que vive en la capital sólo bebe el agua imprescindible para la mínima hidratación de su cuerpo, prefiere otros brebajes para completar la dosis líquida que sus células demandan y le gusta hacerlo acompañado, convirtiendo el «abrevadero» en un acto social. De ahí que proliferen los locales destinados a esta actividad tan recomendable. Pero no basta con expender **bebidas espirituosas**, sino que es necesario envolver este acto en un hábitat atractivo para un público cada vez más exigente, que no se conforma con las bebidas de calidad contrastada y que no producen